

COLECCIÓN ARIEL

MISCELÁNEAS Y DOCUMENTOS DE EDUCACIÓN POPULAR

SE PUBLICA QUINCENALMENTE EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C. — APARTADO 533

LA CONCIENCIA DEL NIÑO

Un día, á orillas de uno de nuestros lagos, junto á la encantadora playa que todos los extranjeros admiran cual síntesis de la poesía y compendio de la belleza, escuchaba la dulce y confusa charla de un niño escondido entre las altas yerbas, que llamaba á cada rato: mamá! mamá! sin que nadie respondiera.

Por fin de un sitio más elevado donde la madre estaba segando, llegó la respuesta, dura, áspera, formulada en una sola palabra que pasó silbando entre las ondulaciones de las altas yerbas; y esta respuesta de la madre al niño era la misma y famosa respuesta dada por Cambronne al ejército enemigo...¹ Recuerdo que esperiménté un agudo dolor, casi el de una bofetada que me hubiera enrojecido la mejilla. Alguna cosa á través de la inocencia de aquel niño, había sido brutalmente ofendida en mí, precisamente aquello que cada uno de nosotros tiene de más sagrado: la dignidad humana.

Cuántas veces desde entonces, mi alma se estremeció en lo más profundo y lágrimas invisibles me quemaron los ojos, frente al estrago que á diario se hace de las almas tiernas, este precioso depó-

sito que los siglos se trasmiten de hombre á hombre, que debería hacernos temblar de emoción y caer de rodillas como delante del más grande de los milagros de la Divinidad.

Pensad en un niño recién nacido, en ese misterio que viene á nosotros de lejos, ignorados, atávicos gérmenes, que pasa por un instante entre nuestras manos para continuar después su camino hacia un futuro más desconocido aún, más lejano todavía; eslabón que remachado ayer se lanza á enganchar el mañana; parte viva de la larga cadena que la humanidad ha arrastrado en su carrera vertiginosa subiendo á las más altas cumbres y tocando los abismos más miserables. Un niño tiene en sí la gracia ingenua de la flor, la poesía infinita de los cielos, el misterio profundo de los mares. No conozco nada más bello ni más sagrado.

Y es especialmente sobre este segundo adjetivo «sagrado» que quisiera fijar mis consideraciones, siendo el primero ya aceptado completamente, casi unánimemente. En efecto no son las caricias, los cumplidos, las complacencias esternas, las que faltan á nuestras criaturas, á nuestros niños.

En la concepción enteramente materialista que ahora se tiene de la felicidad, todo aquello que es dote física ó que puede conducir á una conquista tangible, atrae principalmente la atención y los cuidados de los padres, y el bello aspecto, los lindos trajes, la instrucción precoz, los discutidos pasatiempos

¹ El General francés Pedro Cambronne nació en 1770 y murió en 1842. Sus servicios más notables los prestó á las órdenes de Napoleón I. Sitiado en Waterloo por los ejércitos enemigos, éstos le notificaron que se rindiera, á lo que respondió con esta sola palabra «Merde! (¡Merda!)» Respuesta de soldadote, pero muy enérgica, que se ha traducido por esta hermosa expresión «La guardia muere, pero nose rinde»

que cada uno de ellos según la propia condición y aún fuera de ella se esfuerza en no mezquinar, les convence de cumplir por entero su misión para con la prole; pero en su gran mayoría quieren á sus hijos y no los respetan.

No es necesario descender entre la gente grosera y mal educada para encontrar la confirmación de lo que digo. La palabra de Cambronne, ó alguna otra de las muchas equivalentes, sale también de una boca acostumbrada á hablar elegantemente en sociedad; si la persona que la posee no tiene dominio sobre sí misma y es interrumpida en sus ocupaciones por la quejosa voz de un niño, más que á las razones de éste, obedece al arranque descompuesto de los propios nervios. No basta amar á una criatura si se olvida un solo instante que en las tinieblas de su ignara conciencia, nosotros representamos el Faro. Cuidado, si dirigiendo á oscuras el frágil, el inesperto esquiife, vé oscilar la luz que debe ser su guía! Considerándolo bien, lo que hace falta al educador es una sola cosa, pero es la más difícil: el ejemplo.

Dinero, maledicencia, pornografía

En las familias actuales, oye el niño hablar siempre y ante todo de dinero. Fulano es rico, ó bien no es rico. Hace falta mucho dinero para vivir bien. Se es bueno si se gana mucho dinero. Las niñas se casan si tienen dote. En la elección de una profesión hay que ver cuál es la más lucrativa. Oh! que bello es ser rico! Oh! si ganase la lotería! Se trata de un testamento? Oh! si me hubiera dejado algo á mí! Hay una rifa? Todos toman un número y durante meses no se habla de otra cosa. El dinero! El dinero! Este monstruo de mil tentáculos, desconocido por los niños de otra época, se apodera de nuestros pequeñuelos apenas tienen uso de razón y hace plegar en seguida la fresca impresionabilidad hacia un concepto de la vida tan vulgar que rara vez encuentra un puesto después, para funcionar, el resorte de los ideales superiores.

Segundo argumento: la maledi-

cencia. Pronto aprende el niño que la amistad es una mentira, la virtud una hipocresía, el idealismo una necedad, los maestros todos ignorantes, los ministros todos canallas, las mujeres todás unas coquetas, los hombres unos imbéciles. Aun antes que pueda mirarse en él, el espejo de sus ilusiones está contaminado. La ironía precede á la experiencia; el escepticismo, fruto amargo del dolor, obliga y costringe á los tiernos arbustos á ser seco carozo y mala semilla mucho antes que ellos lleguen á ser botón y flor.

Y esto es malo. En la naturaleza se hace todo gradualmente. Nosotros no somos en eso diferentes al árbol y debemos respetar en las fibras jóvenes la necesaria alegría de las ilusiones que solo el viento y las tempestades tienen el cruel derecho de abatir y de herir.

Finalmente la pornografía, sino en todas las familias, es verdad, en muchas y aún en las más honestas, se introduce con el chiste, con la anécdota, con la alusión. Es difícil renunciar al placer de hacer reír á los comensales con un cuento gracioso, ó dejar de herir á un rival con una revelación escandalosa. Algunas veces no es propiamente pornografía, pero es un hecho de crónica popular, grosero, repugnante, vulgar, es un robo, un homicidio, una venganza, una crueldad, ó bien es la descripción detallada de una operación quirúrgica, de un parto... todas sombras negras que dejan una mancha en la delicada película de la conciencia infantil.

Un juez terrible

Se dice: el niño no comprende. Y eso no es cirto. El niño comprende siempre, comprende todo, alguna vez comprende al revés y eso es peor. Si bien no comprende claramente el hecho, le queda indeleble la impresión de que el padre y la madre han hablado de cosas feas, que se han interesado ó se han reído ó han bromeado sobre asuntos que le quieren ocultar, y la confianza en los padres se pierde. El faro en vez de alumbrar, boquea torpemente y hace humo.

Otras veces el padre ó la madre desconcertados ó fastidiados con la atención que leen en los claros ojos abiertos del niño, le gritan con aspereza: «Porqué estás aquí escuchando? Vete!» y el niño se vá, sintiendo confusamente el peso de una injusticia, puesto que, á quien mirará, á quien escuchará, de quién deberá él aprender, sino de su padre y de su madre?

El niño es un juez terrible. Su conciencia pura, va derecha al bien y al mal, no conoce términos medios ni atenuaciones. Cuando un superior nervioso é irascible le grita fuertemente por una falta leve, ve inmediatamente el defecto de quien quisiera corregirlo, distingue el desahogo iracundo de la justa reprobación, constata la deficiencia del educador y desconfía. Cuando castigado por un acto impropio ó por ímpetu de cólera, vé al educador que gesticula desordenadamente y que también se deja llevar por la cólera, sus nociones sobre el bien y el mal, sobre la justicia, el respeto, la verdad, se alteran de un modo deplorable. La joven conciencia se refleja sobre sí misma, se interroga, discute, y desde entonces empiezan esas desviaciones que se manifestarán más tarde, con grandes fallas en el carácter.

Los derechos del niño y los deberes del padre

No son pocos los padres que piensan que el niño sólo tiene deberes. El niño tiene también derechos; los derechos sacrosantos de su inocencia, de su credulidad, de su debilidad. No debe ser él en nuestras manos, la blanda cera de nuestro capricho, el reclamo de nuestros nervios, el desahogo de nuestros malos humores, el ginete que se hace bailar, se tira, se recoge, se deja, con la simple norma de nuestro beneplácito. Debemos pensar que nuestros hijos nos juzgarán un día acto por acto, palabra por palabra, y muy afortunado será entre ellos aquel que repasando en su memoria la propia infancia, podrá ver la figura del padre en una línea inalterable de dignidad y de justicia, y la de la madre en una cons-

tante pero iluminada y sabia dedicación amorosa.

En fin, dirá alguno, es una restricción regular de nuestra libertad. Ciertamente. Nosotros nos tomamos, sin embargo, y frecuentemente con mucha facilidad, la libertad de poner al mundo una criatura. Ahora bien, cada libertad se paga como cualquiera otra cosa en el mundo y una persona honesta debe hacer frente á sus propias deudas.

Procrear es patrimonio de todos los animales, educar es del hombre; pero no se educa ni se dirige á nadie si no se sabe educar y dirigir á sí mismo. El desastroso concepto de la igualdad que nuestro siglo quisiera aplicar á toda la muy desigual mole de las cosas creadas, induce sin embargo al error, que se deba hablar y obrar en presencia de nuestros hijos de igual modo que hablamos y obramos con los de nuestra misma edad, llamando á esto sinceridad y amor á la verdad; mientras que la verdad es que la mente del niño no puede juzgar un hecho más que del punto de vista infantil y luego es necesario preparar los planos de acuerdo con su visual, mostrándoles solamente, como en un manjar bien preparado, aquello que su incompleto organismo puede asimilar.

Esto no es hipocresía: es respeto, es deber.

El niño de hoy será el ciudadano de mañana, será pueblo, será multitud.

Deberá también saber que la libertad de los hombres no puede ser igual á la libertad de los asnos, los que dan patadas en el aire y que es dueño de ellas quien las recibe. Demasiado hemos aflojado aquellos frenos morales que substrayendo á la humanidad de las formas salvas primitivas, la habían conducido á las más altas cumbres de la gloria y del progreso. Embriagados con nuestras victorias, creemos poder arrojar el bagaje importuno de nuestros deberes, pero las crueles esperiencias deberían habernos ya abierto los ojos. El deber, ó la obligación, ó la ley, como quiera que, ó según los casos, se llame el concepto fundamental del orden, es la razón primera del ser y de la vida.

Qué sería del mundo si una sola vez dejase el sol de obedecer al supremo poder que le obliga á mandarnos todos los días su calor y su luz? Y nosotros que representamos para nuestros niños la parte gloriosa del faro y del sol, acordémosnos que ellos deben aprender de nosotros, no de nuestras palabras, pero sí de nuestra conducta, la dura disciplina de sí mismos; de otro modo haremos de ellos impulsivos ó neurasténicos.

Por lo demás, el hombre orgulloso de un suceso oratorio ó de una novela suya, la señora que se pavonea bajo el fulgor de los brillantes colgados de sus orejas, por qué no deberían sentirse mucho más orgullosos de una actitud bella asumida en presencia de sus hijos? No siendo efímero, no siendo vano como lo superficial de un triunfo momentáneo, sería ese un suceso verdadero y profundo que iría á perpetuarse como de onda en onda en una fresca linfa por las nuevas ramas.

Herencia é imitación

Se ambiciona tanto ver nuestro nombre ilustrado en las columnas de un diario, se sueña con inmortalizarlo en el bronce de un epígrafe y no pensamos que de nosotros depende esculpirlo en la carne viva de nuestros descendientes, hacerlo inmortal con el triunfo de una raza más pura, más noble, más bella.

La herencia y la imitación son los dos temas sobre los cuales debieran meditar los padres antes que en ningún otro; luego corregirse á sí mismos; presentarse en forma de ejemplo lo más perfecto posible, en vista de las copias que de él se sacarán. Un padre irascible que castiga la irascibilidad del hijo, comete una injusticia atroz y un delito de lesa educación. El debería castigarse primero á sí mismo y después decir á su hijo: «Veamos quien de nosotros dos vencerá mejor nuestro defecto». Y á cada esfuerzo que haga para dominarse, responderá entonces un resultado educativo verdaderamente eficaz. Solo de este modo se puede obrar directamente sobre la conciencia del niño y si no se despierta su con-

ciencia cualquiera otra obra es vana.

Hace ya casi diez y siete siglos que un gran conocedor de los hombres, dejó escrito: «En aquella edad (era niño), me deleitaba jugando y esto se castigaba en mí por aquellos que hacían lo mismo; pero las ligerezas de los hombres son llamadas negocios y aquellas de los niños son castigadas por los mismos hombres. Frecuentemente quien educa á la juventud no perdona nada á ésta y todo á sí mismo.» A pesar de todo, en diez y siete siglos no es mucho lo que hemos cambiado.

Sin escuela educadora

Si pasamos después, de la familia á la escuela, las observaciones que pueden hacerse no son en nada consoladoras. El nivel moral de las escuelas es muy bajo, faltando en casi todas el soplo ideal, es decir, el fuego que transforma la pasta indigesta del saber, en el pan maravilloso que nutre el alma. Demos no más al alma el significado que mejor responde á nuestro sentimiento, pero debemos reconocer que solamente en ella está guardado el núcleo de nuestras mejores energías.

La inteligencia que no se apoya en la conciencia, no llega nunca á grandes resultados, y el objeto principal de la educación no es tanto la cultura cuanto el descanso dado á las jóvenes sensibilidades que se dirigen hacia el saber, con sus cien bocas sedientas y hambrientas.

El 8 de julio de 1904, el Parlamento de Italia promulgó una ley sobre moral civil, á enseñarse en la escuela por los maestros, y el relator terminaba su discurso diciendo que la moral debe vivificar y penetrar cada acto, cada sentimiento. Muy bueno y facilísimo si la moral fuese una mercancía amontonada en las aulas escolares y los alumnos otras tantas bolsas que llenar, si lo esencial en la educación fuese la doctrina enseñada y no, como es realmente, una llama sagrada que el educador debe agitar con fé y con entusiasmo. Dice admirablemente Maeterlink: «No es necesario que la sabiduría tenga una forma; es necesario que su belleza sea

tan variada como la belleza de la llama». Es precisamente esta llama la que falta en nuestras escuelas.

Empezando por los libros de lectura que circulan por las manos de nuestros niños, fuera de poquísimas escepciones, qué miseria de contenido educativo! tal como, entre los destrozos de la gramática y del buen sentido, errores groseros de psicología infantil y de concepto moral! Para conmover, no saben mostrar más que el consabido pobrecito vestido de harapos; para hacer reír, no encuentran sino la trivialidad de Bertoldino y Casaseno. Oh! Andersen, qué alma tan grande tenía tu cisne perdido entre los patitos, en comparación á estos héroes vulgares de una edad que ya no comprende nada de la verdadera grandeza humana!

Es necesario decir también que los cuentos de Andersen nacían de lo profundo de su alma, por un impulso irresistible de amor hacia la belleza, y los libros que vemos con frecuencia en las manos de nuestros niños, fueron escritos casi todos con un fin lucrativo, porque si un libro escolar es aprobado la utilidad del autor es segura. Hay más bien un modelo especial para sujetarse al nivel común de mediocridad, y todo hace creer que si un libro como el de Andersen, se permitiera presentarse á concurso para nuestras escuelas, sería rechazado sin rodeos.

Los maestros? Pero qué queréis pretender de los maestros? Quién ha pensado jamás en pedir á todos ellos la prueba de su vocación, de su moralidad, de su dignidad? Muchos hacen de maestro como hubieran hecho de tenedor de libros ó de empleado, para colocarse sin mayor trabajo y asegurarse el pan para la vejez. Si no tuvieran la perspectiva de la pensión, la mitad de los concurrentes abandonarían la cátedra.

Y luego no procede también él de una familia? Si no ha tenido en su casa ejemplos de nobleza, si no ha crecido en una atmósfera sana, si los vicios, las malas pasiones, el organismo desequilibrado, lo atan con una completa independencia de su diploma didáctico, cómo hará para dar á los demás aquello que

siempre le ha faltado á él mismo?

Es un círculo vicioso que nos lleva inexorablemente á la fuente primitiva de cualquiera conciencia de hombre: la familia.

Observamos con desagrado, este hecho: que nuestros niños criados en un ambiente puro y gentil, cuando se han familiarizado con la escuela, se trasforman á nuestros ojos maravillados é inquietos, en turbulentos pilluelos y oímos de sus labios inocentes, palabras que nos desagradan y asistimos á actos, á gestos, á pensamientos que no hubiéramos querido encontrar nunca en ellos. Sentimos entonces que una cantidad de enemigos invisibles están asediando á nuestras criaturas, y estrechándolas á nuestro pecho, nos preguntamos con profunda piedad por las víctimas, cuántos culpables hay entre los padres y entre las madres!

Es entonces inútil pedir ayuda á la escuela, puesto que la escuela es la playa sobre la cual se derrama la marea siempre creciente del pueblo que arrastra juntas, pajillas de oro y escorias impuras, y no es lícito esperar de la escuela la formación de la conciencia de nuestros hijos; luego, nosotros debemos armarlos de las mejores armas á fin de que puedan resistir á la onda corruptora que inunda las escuelas, principio inevitable y fatal de aquélla que encontrarán después en el mundo. Solamente cuando salgan, de las familias más ilustradas, hombres puros, tendremos la escuela educadora. Sólo entonces.

NEERA ¹

Nueva Antología, Roma Trad. del *Monitor de Educación Común de Buenos Aires*. Nov. de 1908.

¹ *Neera* es el nombre literario de Anna Zuccari Radius, una de las más eminentes novelistas italianas de nuestros días.

Sin dolor y sin espíritu de abnegación no se alcanza nada sobre la tierra: una honrada pobreza tolerada pacientemente durante cierto período, puede ser la prueba de la sabiduría para un país que tenga que reparar locuras pasadas y quiera prepararse para una futura riqueza y poderío; las impacencias de la riqueza y del lujo privado ó público hacen casi siempre recaer en la miseria, en la incultura y en la barbarie.—GUILLERMO FERRERO.

AFINIDADES FAMOSAS DE LA HISTORIA

LEON GAMBETTA Y LEONIE LEON

La actual República Francesa ha durado cerca de cuarenta años. Durante ese tiempo ha producido sólo un hombre de poder y dotes no comunes. Fué León Gambetta. Otros hombres tan notables como él sobresalieron en la vida política de Francia durante los primeros años de la República, pero pertenecieron á una generación anterior y como Luis Adolfo Thiers, por ejemplo—conquistaron su fama bajo el Segundo Imperio ó antes. Pero Gambetta saltó á la preeminencia sólo cuando el Imperio hubo caído desastrosamente en ruinas.

Es prematuro formular con certeza un juicio de él como estadista. Sus amigos lo aprecian hasta la extravagancia. Sus enemigos todavía lo difaman amargamente. Su carrera política duró poco más de una década, aun cuando puede afirmarse que en ese tiempo vivió una vida de cincuenta años casi. Muy poco hace el Gobierno francés trasladó sus restos al gran Panteón, en donde se guarda la memoria de los héroes y heroínas de Francia. Pero aun cuando no podamos juzgar abiertamente sus actividades políticas, si es posible que reconstituamos desde luego un cuadro de su vida como hombre y de este modo contar sus aventuras novelescas, que muchos recordarán después de haber olvidado sus triunfos oratorios y sus artimañas de estadista.

Un buen meridional

León Gambetta fué el verdadero tipo del francés meridional, bien diferente del setentrional, porque este último tiene en sus venas una migaja de la sangre escandinava, tira á ser rubio y de ojos azules, moderado en sus palabras, y se domina á sí mismo. También difiere del francés del centro, que casi es puro celta. El *meridional* tiene mucho del italiano, lo que se debe á los conquistadores de la antigua

Galia. Es impulsivo, ardiente, fiero en la oratoria, y de una vivacidad extraordinaria en alto grado.

Gambetta nació en Cahors, de madre francesa y de padre italiano. Aun se dice que en alguno de sus antepasados hubo algo de sangre oriental. Fué el más meridional de los hijos del Mediodía de Francia y mostró la precocidad que se observa en cierta clase de italianos. A los veintidós años había sido admitido en el foro y se trasladó de su pueblo natal á París, en donde su audacia, su naturaleza impetuosa é inagotable locuacidad le hicieron distinguido desde el primer instante.

Gambetta aguardaba su oportunidad y le llegó á fines del segundo imperio napoleónico. La debilidad del Emperador Napoleón III proporcionó á Francia mayores libertades de pensamiento de las que había gozado cuando aquél fué más viril y esta relajación del régimen primitivo alentó los ataques de sus enemigos contra el Imperio y contra él. Al desbordamiento de la prensa de los bulevares que enlodaba el régimen imperial, se unió el de los demagogos que arengaban á las multitudes con palabras por las que antes habrían ido á la cárcel. En el Parlamento la oposición hizo todo lo que estaba en su poder para obstaculizar y destruir la política del Gobierno.

Campeón del Republicanismo

El republicanismo levantó la cabeza amenazante y Gambetta con su elocuencia apasionada, sus frases mordaces y su osadía juvenil, llegó á ser el ídolo de Belleville, el barrio en que los artesanos y obreros se mezclaban con el populacho en su odio al Imperio y sus aclamaciones á la República.

Gambetta era hombre apropiado para interpretar y dar expresión al sentimiento popular del momento. La cultura que adquirió más ade-

lante le faltaba completamente entonces y la rudeza de sus modales le ayudaba á conquistar la admiración y la confianza de las muchedumbres que lo oían.

Permítasenos considerar cómo era Gambetta á los 30 años, cuando vió por vez primera á la mujer que desde entonces y hasta su muerte debía compartir todos sus secretos, alejarlo del matrimonio y ser como él mismo decía, «la inspiración de su vida».

Alfonso Daudet ha tomado mucho para modelos literarios á personas que realmente han vivido. Así en *Los Reyes en el Destierro* nos ofrece sin duda en la persona del *Rey Cristian de Illyria* una pintura del ignoble Fernando Rey de Nápoles —«*Rey Bomba*»;—en tanto que en la *Reina de Illyria* nos muestra la patética figura de la Emperatriz Carlota de México. Por otra parte, en *El Nabab*, el Duque de Morny, hermano natural de Napoleón, aparece como el *Duque de Mora*, farsante, pomposo y disoluto. Si queremos recoger algunas sugestiones de Gambetta, tal como apareció á los ojos del gran psicólogo Daudet, revisemos la novela *Numa Roumeslan*. En ella el *roé*, en parte al menos, es Gambetta, el típico meridional á quien Daudet comprendió bien porque él mismo había nacido en el Sur de Francia.

Gambetta pintado por Daudet

Cómo era Gambetta á los treinta años? Un hombre de poderosa estructura y de intensa vitalidad, de larga y tupida cabellera, que sacudía como un león su melena; aceitunado, con ojos centelleantes, sonora voz que retumba y un magnetismo personal que al momento se trasmitía á todo el que lo oyera. Sus modales no eran finos. Mucho le gustaba el aceite y los perfumes. Sus gestos amenudo eran más frenéticos que expresivos, por lo que sus enemigos lo llamaban «el loco furioso». En tanto que hablaba, tenía la costumbre de salivar. En ningún sentido era de esos hombres cuyos hábitos se han adquirido en los salones aristocráticos ó en medio de personas bien educadas. No obstante, su oratoria era de soberbia

calidad. Daudet nos trasmite algunas palabras que pueden dar idea de Gambetta como hombre y de su modo de hablar:

Una moralidad tan floja como un cinturón. Un chorro de palabras, conversación tan fácil como sus impulsos y sus promesas, sí, y como su falsedad. Qué pecho golpeado por la mano; qué tonos de voz bajos, emocionales, roncocs, pero cautivadores, qué lágrimas tan fáciles



LEON GAMBETTA.

el Estadista más brillante que ha producido la Tercera República Francesa

cuando apelaba al patriotismo y á los sublimes sentimientos!

El Sol, hecho calor y movimiento, furioso é irresistible, corre por las venas de los meridionales. Aun cuando puede intoxicarlos y torcerlos, nunca afecta su inteligencia; antes por el contrario, los hace más fuertes, más profundos y más lúcidos.

En 1869, elegido por los Republicanos Rojos diputado al Congreso, Gambetta desde el primer momento se ganó el auditorio con la vehemencia y el fuego de sus palabras. La misma Cámara más bien parecía un teatro, en el que los congresales ocupaban el escenario, y el público, las galerías. Para hablar, cada orador subía á una tribuna, y desde allí se encaraba con la asamblea en conjunto, sin tener en cuenta la directiva, como pasa entre nosotros. Este arreglo estimulaba la elocuencia resplandeciente del orador parlamentario.

Al cabo de algún tiempo, Gambetta notó en una de las galerías,

á una mujer esbelta, graciosa, con traje de color suave, con largos guantes negros que acentuaban la belleza de sus manos y brazos. Ninguno de sus oyentes le prestaba una atención más intensa que la de esta mujer, á quien nunca había visto y la cual aparecía completamente sola.

La misteriosa dama de la galería

Cuando otro día le tocó hablar, vió sentada en el mismo sitio, á la misma figura majestuosa, aunque delgada y flexible. Esto se repitió una y otra ocasión, hasta que al fin cada vez que pronunciaba alguno de sus peculiares apóstrofes, se volvía hacia ella y miraba su rostro iluminado por el mismo entusiasmo de que él estaba poseído.

Por último, á principios de 1870, llegó un día en que Gambetta se sobrepasó á sí mismo en elocuencia. El tema de su discurso fué la grandeza del gobierno republicano. Nunca en su vida había hablado con tanto fervor, con tanta osadía y entusiasmo. Los Ministros del Emperador retrocedieron amedrentados ante esta voz acusadora, apasionada, que lanzaba sus frases con el estrépito de las descargas de irresistible artillería. Daudet debió recordar este gran discurso cuando escribió en «*Numa Roumestan*»:

Numa se lanzó en una magnífica y casi profética improvisación. Trazó una pintura de la corte como una partida de gineteadores de circo, de mujeres actrices, mozos y payasos, que caminaban ligero bajo un cielo amenazador, en persecución del siervo hasta matarlo, acompañados de relámpagos y truenos; y entonces —en medio de toda esta algarabía—el diluvio, el corneta de monte ahogado y toda esta arlequinada monárquica, hundida en un pantano de sangre y lodo!

Mientras Gambetta, soberbio en la apostura, radiante con el profundo sentimiento que domina al orador victorioso, lanzaba estas sentencias, el rostro de la dama incógnita le respondía con maravillosa franqueza. Había perdido la calma, la inmovilidad, la severidad de los días anteriores. Se ruborizó, y sus ojos, al encontrar los del orador, parecían lanzar chispas. Al descender de la tribuna, en medio del estruendo de los aplausos, dirigió la vista á la mujer y sus mira-

das le espresaron cómo lo había comprendido. Entouces Gambetta hizo lo que ninguna persona mejor educada habría hecho. Escribió precipitadamente una nota, la dobló, llamó á uno de los pajes de la Cámara, y en medio de la gran asamblea á la cual servía de centro de atención, le señaló la dama y le ordenó la entrega del papel.

Su acto sólo era excusable sabiendo de qué modo lo dominaban las emociones. Para él no había nadie en la sala, excepto él y la mujer que lo fascinaba. Pero la dama era más discreta ó quizás la demora le dió tiempo de recobrar su discreción. Cuando le fué entregada la nota, la tomó tranquilamente, la destrozó sin leerla y levantándose se abrió paso por entre la muchedumbre y desapareció.

En su excitación, Gambetta la había tratado como una aventurera y ella le demostró, con perfecta dignidad, que sabía hacerse respetar.

Gambetta durante la Guerra de 1870-1871

A raíz de este curioso incidente vino la guerra con Alemania. Es innecesario recordar, salvo de la manera más breve, lo que ocurrió entonces. El Imperio fue destruido en Sedán. La República proclamada en París. La capital francesa se vió sitiada por numeroso ejército alemán. Gambetta fue nombrado Ministro del Interior, y permaneció en la gran ciudad por algún tiempo, pero su fiero espíritu se rebeló. Suspiraba por correr al Sur de Francia, y levantar en armas á sus paisanos, al grito de guerra contra el invasor. Escapándose en un globo, llegó á Tours, y estableció una verdadera dictadura. Se entregó con tremenda energía á la tarea de organizar ejércitos, de equiparlos y de dirigir sus movimientos en auxilio de la capital. Realizó maravillas. Conservó vivo el espíritu de la nación. Tres nuevos ejércitos lanzó contra los alemanes. Estaba en todas partes. Participaba en todo lo que se hacía.

Incurrió en errores, por su inesperienza en los asuntos militares.

Esto no obstante, uno de sus ejércitos derrotó á los alemanes en Orleans y hubiera tenido libertad de acción para seguir sus inclinaciones, si la caída de París hubiera terminado la guerra.

«Nunca consentiré en la paz, decía Gambetta, en tanto que Francia cuenta todavía con doscientos mil hombres sobre las armas y más de mil cañones para dirigirlos contra el enemigo». Pero se vió estorbado por la influencia de estadistas menos belicosos. Al hacerse la paz se retiró temporalmente á la vida privada. Sino había tenido éxito en espulsar á los alemanes, lo había alcanzado en hacerse odiar y temer de Bismarck y había salvado el honor de la nación.

Reaparece la dama desconocida

La Asamblea Nacional discutía en Versalles las condiciones impuestas por Alemania, y Gambetta pronunció otro de sus notables y patrióticos discursos. Al concluirlo sintió estraña y magnética atracción. Revisando al auditorio de una ojeada, vió ante él, no muy lejos, á la misma mujer de largos guantes negros, todavía con su aire de misterio, bañándolo con sus miradas de simpatía.

Gambetta se precipitó á una antecámara y escribió de prisa estas palabras:

«Al fin he vuelto á verla! Es realmente usted?».

Las entregó á un discreto empleado, y esta vez la dama aceptó la misiva, la apretó sobre el corazón y la deslizó en el descote de su corpiño. Pero esta vez, como antes, abandonó el salón sin contestar.

Gambetta se sintió alentado, aun cuando ella no le dió entrada—porque no volvió más á la Asamblea Nacional. Pero ahora su corazón estaba lleno de esperanzas. Se hallaba convencido, con profunda convicción, de que pronto, en alguna parte, de cualquier modo, encontraría á esta mujer que había llegado á ser para él una de las intensas realidades de su vida. No conocía su nombre; nunca había cambiado una palabra con ella; pero estaba seguro de que el destino los

uniría y su intuición no lo engañó. Lo que llamamos casualidad á menudo parece saber lo que está haciendo. Al cabo de un año sufrió un accidente un antiguo amigo de Gambetta y el estadista fué á visitarlo. El accidente era pasajero y la señora de la casa recibía á las numerosas relaciones, cuyas preguntas contestaba.

Al llegar Gambetta, vió ante él, en un extremo de la sala, á la dama de sus sueños, á la esfinge de sus horas de vigilia, á la mujer que cuatro años antes había rasgado la primera nota que le dirigió, pero que más recientemente había conservado la última. Ambos se mostraron agitados pero no se traicionaron. Gambetta corrió á su lado, cambió con ella algunas palabras comunes, pero estando tan próximos, los ojos y las voces decían lo que estaba oculto en sus corazones. Se separaron y la desconocida se despidió. Gambetta lo hizo á poco, la alcanzó en la calle y con tono suplicante la detuvo.—«Por qué destruyó usted mi carta?—le dijo. Usted sabía que yo la amaba y durante estos años ha podido permanecer lejos de mí y guardar silencio!»

Entonces la muchacha, porque apenas era poco más que una muchacha, vaciló un momento. Las lágrimas humedecieron sus ojos al contestarle con voz trémula:—«Usted no puede amarme. Soy indigna de usted. No me haga promesas. Despidámonos. Por lo menos debo decirle primero mi historia, porque soy una de aquellas desgraciadas que no se casarán jamás».

El encuentro en Versalles

Gambetta desoyó sus suplicas. Continuó rogándole. Poco á poco fué suavizando sus escrúpulos, obligándola á que le concediera una cita. Pero ella no consintió en recibirlo en su casa.—«Sabía, le dijo, que sus enemigos eran muchos, que cualquier cosa que él hiciera sería usada contra él». Al fin convinieron en verse en el parque de Versalles, cerca del Petit Trianon, á las 8 de la mañana del día siguiente.

Hecha esta promesa, separóse de ella. Tenía su corazón encendido.

Ahora había venido hacia él una inspiración nueva y sintió que con esta mujer á su lado, podría realizar algo.

A la hora convenida, en el silencio del parque, en el esplendor del amanecer, se encontraron otra vez. Gambetta cogió sus manos con viveza, y exclamó con tono regocijado:

— « ¡ fin, al fin, al fin! ».

Los ojos de la mujer y su semblante estaban sombreados por la tristeza. Tembló al contacto del gran tribuno. Y aquí se reveló una vez más la impetuosidad del meridional. Había hablado á esta mujer por primera vez dos días antes, no sabía nada de ella, no conocía su nombre, pero sí sabía positivamente una cosa: que había nacido para él y que debía tenerla por suya. En seguida le propuso matrimonio. Al oír la proposición, la dama retrocedió, exclamando con tono resuelto: — « No; le dije que no debía hablarme hasta que oyera mi historia. Debe oírla ».

El la condujo á un banco de piedra vecino, y ciñendo su talle con el brazo, atrajo su cabeza sobre su hombro y le dijo:

— « Bien, cuente. Escucharé ».

Leonie cuenta su historia

Y le explicó con absoluta franqueza, porque era, ante todo, una alma leal, que no debían verse más y mucho menos, pensar en casarse y ser felices; que era la hija de un coronel del ejército francés; que la repentina muerte de su padre la había dejado sola y sin recursos; que había llegado á París para dar lecciones en la casa de un alto empleado del Imperio; que este hombre había sido atraído por su belleza, y la había seducido; que más tarde había obtenido los medios de vivir modestamente, comprendiendo cada día con mayor intensidad, cuán terrible había sido su suerte, y cómo se la había apartado de la senda del hogar preparada á otras muchachas; que su vida debía ser una perpetua penitencia, aunque hubiera pecado por ignorancia ».

Dijo á Gambetta que se llamaba Léonie Léon. Como es de costum-

bre con las francesas que viven solas, ella estilaba titularse *madame*. Es dudoso que su nombre de pila fuera el que usaba; pero, siendo así, su verdadero nombre nunca se ha descubierto.

Cuando hubo contado toda su triste historia á Gambetta, éste no se inmutó. Concluyó con estas pala-



LEONIE LEON.

la heroína novelesca en la vida de León Gambetta

bras: « Usted no debe amarme. Sólo serviría para destruir su fama. Usted no puede tener nada de común con una mujer deshonrada. He venido aquí para decirselo. Sepárennos y olvidémonos ».

Pero Gambetta no le prestó atención. Ahora que la había encontrado no consentiría en perderla. Cogió sus delgadas manos, y las cubrió de besos. Le propuso otra vez casarse con ella.

Léonie rehusa el matrimonio

La respuesta que recibió fue muy curiosa. Siendo una fervorosa católica, no consideraría válido un matrimonio que no fuera celebrado por la iglesia. Gambetta, por otra parte, aunque completamente irreligioso, dirigía la oposición al partido católico francés. Para él la iglesia era más un cuerpo político

que uno religioso, y por lo tanto, tenía que serle hostil. Individualmente no tenía objeción á que lo casara un sacerdote; pero como jefe del partido anticlerical, no podía reconocer en ningún sentido los derechos de la iglesia. Un matrimonio religioso destruiría su prestigio con sus parciales, y aun podía poner en peligro el porvenir de la República.

Ambos insistieron mucho entonces y después. El, por el matrimonio civil; pero ella declaraba que sólo casándose católicamente podría purificarse y recuperar su prestigio perdido. Aun cuando estaba empeñada en esto último, no le exigía á Gambetta que se casara por la iglesia, á fin de que no perdiera su influencia.

A través de este cambio de impresiones, de súplicas, de razonamientos, ambos llegaron á desesperar de seguirse amando. Entonces la mujer, con la rara sutileza femenina que encuentra solución á todos los conflictos, llegó á la singular conclusión de que ella no aceptaría un matrimonio civil, porque era inválido á los ojos del Papa y del clero; que no obligaría tampoco á Gambetta á una ceremonia religiosa, porque no deseaba destruir su carrera política. Ella había oído de un sacerdote que la iglesia reconocía dos formas de desposorios. El corriente, sin los privilegios matrimoniales hasta tanto no haya pasado la ceremonia formal; y el que los teólogos llaman *sponsalia de praesente*, que consiste en disfrutar de los derechos y privilegios matrimoniales enseguida, siempre que la pareja se comprometa sinceramente á casarse en el porvenir.

El ardiente ingenio de Léonie Léon se deslizó por esta rendija de escape de la ley eclesiástica, y se sirvió de ella con gran ingenuidad.

--Unámonos, dijo, por el cambio de un anillo y la promesa de que nos casaremos algún día. Si ésta es seria é ingenua, seremos marido y mujer como si estuviéramos casados, porque estaremos actuando de acuerdo con las leyes de la iglesia». Extraño razonamiento, pero muy humano. Gambetta se comprometió con entusiasmo. Se com-

pró un anillo matrimonial, y con la conciencia tranquila, ella se entregó entonces al ser que amaba. Gambetta era un hombre sincero cuando le dijo: «Si llega una época en que pierda mi posición política, en que sea derrotado en la lucha, abandonado de mis amigos, y me encuentre solo, consentirás en ser mi esposa?»

Y Léonie, con los brazos alrededor de su cuello, prometió que lo sería. No se habló en qué forma se casarían más tarde, y habría sido inoportuno hacer tal pregunta en ese momento.

Gambetta en el pináculo de la gloria

Gambetta era más poderoso cada día. Venció con su partido en 1877. Su oratoria triunfante continuó dominando el Parlamento. En 1879 fue elegido presidente de la Cámara de Diputados. Se sobrepuso al Presidente de la República, Julio Grévy, el viejo y testarudo campesino. Como se vé, su estrella había llegado al zenit.

Durante estos años de vida pública, Gambetta realizó milagros políticos. Nadie podía igualarle como orador y pocos podían comparársele como capataz político brillante, hábil y de éxito.

En toda esta época gloriosa mantuvo sus íntimas relaciones con Léonie, sólo conocidas de contados y fieles amigos. Ella vivía en una sencilla pero bonita casa de la Avenida Perrichont, en el tranquilo barrio de Auteuil; pero Gambetta nunca iba allí. Dónde y cuándo se veían, fue un secreto cuidadosamente guardado por sus íntimos. Pero se veían continuamente y su afecto acreció con los años. Léonie se enorgullecía de las victorias del hombre que amaba y éste encontraba gozo é intervalos de paz en las horas que pasaba á su lado.

Cínica profecía de Bismarck

La necesidad de descanso, de paz, era muy sentida por Gambetta, porque había trabajado como una máquina que consume la última libra de vapor. El viejo Bismarck, á quien los espías mantenían bien

conquista y había traído tanto á ella como á su amante, felicidad é inspiración, influyendo en el refinamiento de los modales de éste y haciéndolo más apto para figurar en los salones con dignidad y discreción.

En cuanto á Gambeta, dejó escritas unas pocas líneas, que han sido cuidadosamente conservadas, y ellas espresan de qué manera la quería:

«A la luz de mi alma, á la estrella de mi vida, Léonie Léon. Eternamente! Eternamente!»

LYNDON ORR

Munsey's Magazine. Agosto de 1900. — Trad. de ARIEL.

La Cadena

Cruzaban alegres la verde pradera
los recién casados...
rudo y fuerte el mozo como roble nuevo,
y ella, delicada como joven álamo...

Jugaban, corrían... riendo tiraban
el uno del otro, cogidos del brazo,
como dos eslabones unidos
y á la intensa llama del amor forjados!

Por la verde pradera volvían
los recién casados,
sin reír, sin ansias,
rendidos, despacio.

Como de una carga tiraban el uno
del otro, del brazo...
para siempre unidos
como dos eslabones forjados!

VICENTE MEDINA

Hay dos maneras de no pertenecer á ningún partido: como las mujeres y los niños, porque no se ha examinado ninguno; ó como los pensadores y los sabios, por haberlos examinado todos.— VÍCTOR HUGO.

Astronomía

A José Fabio Garnier

Catorce sabios de la vieja Europa
estudian con afán,
desde la lente que á los cielos mira,
un caso singular.

Son dos estrellas nuevas, tan brillantes
como iguales no véronse jamás.
Su proyección? Ignota! Nadie supo
de dónde vienen ni hacia dónde van.

Con los últimos tintes de la tarde
en el espacio se las vé brotar,
y breve tiempo en el espacio radian
su intensa claridad.

Ese es el caso que catorce sabios
inquiieren con espíritu tenaz
desde la lente que á los cielos mira
con su ojo de cristal.

Oh! profesores de la vieja Europa,
cuánta pena me causa contemplar
vuestras blancas melenas agrupadas
sobre el largo instrumento con afán!

Mas, mi secreto descubrir no puedo,
y no sabréis jamás
de quién son las pupilas que en la noche
persigue vuestro lente de cristal.

Es el amor que llega

Para la señorita Emilia Borella

Ese rumor extraño
que en tu alcoba resuena,
y ora es arrullo de aves
que en la sombra se besan,
ora es canción dulcísima,
ora es risa, ora es queja,
y á veces te acongoja
y otras veces te alegra...
Ese rumor que súbito
de noche te despierta,
con la nívea garganta
de suspiros repleta,
la impresión en los labios
de otros labios que quemán,
y cercadas de sombras
tus pupilas inmensas,
mientras corren tus lágrimas
por un ansia secreta
que tú misma no sabes
si es de gozo ó tristeza...
Ay! si es dicha, qué amargal...
Ay! qué dulce, si es pena!...

Ese rumor extraño
es el Amor que llega!

FABIO FIALLO ¹

¹ Con motivo del matrimonio de nuestro amado compañero José Fabio Garnier, ocurrido hace poco en Bologna, Italia, con la señorita Emilia Borella, el conocido bardo de la República Dominicana, Fabio Fiallo, nos envía desde Hamburgo, abril de 1910, estos dos poemas delicados, escritos en homenaje de simpatía por los dos felices cónyuges.

POLIORAMA

(Arreglos y traducciones de ARIEL)

El mosquero.—Se llama así en Méjico el nido de una araña, ordinariamente empleado en las habitaciones como caza-moscas. En efecto, durante el invierno las moscas y otros insectos invaden las casas. Para deshacerse de ellos, los indígenas cuelgan del cielo de los cuartos las ramas del árbol endonde el nido existe. La superficie del nido siempre está notablemente aseada. Después de la captura de un insecto, el nido se agranda concéntricamente. Aún cuando el mosquero no despidе un olor muy fuerte, no por eso deja de tener una gran influencia sobre las moscas, pues aunque los nidos se tapan con papel, se observa que las moscas vienen á pararse en abundancia sobre ellos; lo que no harían sin embargo, sobre los mismos papeles puestos al lado. El Señor L. Liguét, que ha estudiado esta araña, dice que, á pesar de su mezquina talla, el habitante del mosquero ataca presas mucho más grandes que las moscas domésticas, las avispas, por ejemplo. —(*Revue Generale des Sciences*, 30 Dic. 1909).

La Revolución y la separación de la Iglesia y el Estado.—Se admiran los historiadores de que la Revolución Francesa no proclamara desde el primer día la separación de la Iglesia y el Estado. Según Alberto Mathiez, si uno comprende bien el pensamiento de los hombres del 89, ve que los filósofos de entonces eran anticlericales, pero no anti-religiosos, y que ninguno «creía inmediatamente posible ni deseable la formación de un Estado neutro, indiferente á toda clase de dogmas, como á las prácticas del culto. Ninguno opinaba que la religión se incluyera en absoluto dentro de los asuntos íntimos, con los que la sociedad no tiene nada que ver. Voltaire concebía la Iglesia como la humilde sierva del Estado y el abate Raynal, autor violentamente anti-clerical, escribía: «Me parece que el Estado no está hecho para la Religión, pero sí ésta para aquél».

Quando se comprueba un estado de espíritu semejante en los escritores de la época, se comprende que la Revolución, desde el punto de vista religioso, haya aspirado no á la separación de las Iglesias y del Estado, sino á la constitución civil del clero. —(*Revue historique*, Ero. y Feb. de 1910).

La psicología de la mujer.—Mauricio de Gaste, después de resumir los trabajos de los fisiólogos, biólogos y psicólogos que se han ocupado del asunto, saca en limpio la siguiente conclusión: «La inteligencia femenina se halla virtualmente tan desarrollada como la del hombre, pero casi nunca tiene la fuerza suficiente ni el saber necesario para manifestarse; como todo lo femenino, permanece más pasivo que activo.» Según él, «la función doméstica y social de la mujer es de las más importantes: debe ser el ama del hogar, difundir en torno suyo su acción bienhechora y bondadosa, vigilar por la propagación de la especie; pero desde el punto de vista intelectual, físico y económico, su papel es muy secundario; por interés suyo como de la raza, debe quedarse tal como está y no traspasar los límites de la adaptación de su sexo.» —(*Mercur de France*, 16, En. 1910.)

Deserciones católicas.—Cura y sinceramente respetuoso de la Santa Sede, cuya autoridad predica, el religioso franciscano Joseph Mc Cabe, deplora la crisis actual porque atraviesa la Iglesia romana, en un libro reciente titulado *The Decay of the Church of Roma*. Esta obra es un manifiesto que se apoya en documentos precisos y en cifras. He aquí el significativo cuadro de las deserciones católicas en los diversos países:

Alemania	5.000,000
Austria Hungría...	4.000,000
Australia	550,000
Belgica	2.500,000
Canadá	700,000
España y Portugal.	4.500,000

Estados Unidos	14.000,000
América del Sur....	8.000,000
Francia	23.000,000
Gran Bretaña	2.250,000
Italia.....	6.000,000
Países Bajos.....	300,000
Rusia	6.500,000
Suiza.....
	79.800,000

El autor atribuye este decaimiento del catolicismo durante los últimos 70 años á estas causas:

1ª) A la política reaccionaria del Vaticano.

2ª) Al progreso del agnosticismo¹ que hoy profesa la mitad de las gentes cultas.

3ª) Al modernismo en cuestiones religiosas.

4ª) A la difusión de la cultura entre los trabajadores.

El hombre primitivo.—Un paleontólogo famoso en el mundo científico, el Prof. Richard Lull, de la Universidad de Yale, acaba de reconstituir para el Museo Peabody de New Haven (Connecticut) una de las dos muestras de esqueleto humano hallados en la gruta prehistórica de Spy, en los alrededores de Namur, Bélgica. Este tipo de hombre primitivo se remota al período paleolítico del Moustier y de Neanderthal. La reconstitución del tamaño natural es en arcilla plástica; después de las observaciones de la crítica autorizada, se vaciaron en yeso. El hombre de Spy, llamado también *homo primigenius*, no llega á 1 m. 60, pero la robustez de los miembros demuestra una gran fuerza física. Le falta la panza desarrollada de los monos antropoides, que casi del todo se alimentaban de vejetales, pero en cambio el torso presenta formas atléticas. Lull cree que este hombre paleolítico era esencialmente cazador y carnívoro, como el Indio de Norte América. Habitaba en las cavernas y conocía

el uso del fuego. Contemporáneo suyo era el oso de las cavernas (*ursus spelocus*), ahora desaparecido en absoluto, del cual tiene el esqueleto en referencia una quijada en una mano, en tanto que en la otra



De frente.

De lado.

RESTAURACIÓN DEL HOMBRE PRIMITIVO

tiene una piedra tallada. Este hombre primitivo quizá vivió hace unos 200,000 años. Perteneció á una raza completamente estinta, de la que apenas se tienen algunos datos, en parte supuestos, pero es probable que con ella se relacionen ciertos Australianos y Melanesios, que ocupan la más baja escala humana que aun se conserva. (DR. L. CAZE. *Revue*, 1º marzo 1910).

La idea de libertad no es buena ni fecunda ni social, sino cuando se une al sentimiento de solidaridad.—EMILIO FAGUET.

Los que roban á los particulares pasan la vida atados por el cuello y por los pies; los ladrones del Estado viven entre el oro y la púrpura.—M. CATON. (Citado por Aulo Gelio en sus *Noches Aticas*, t. 26 del Vol. 2. Ed. de la Biblioteca Clásica de Madrid).

Cambiar las opiniones por leyes es una tarea ingrata.—H. BUCKLE.

Desde el *Evangelio* hasta *El Contrato Social* los libros han hecho revoluciones.—DE BONALD.

La reforma de las ideas concluye por reformar lo demás, y la luz espiritual produce la serenidad del corazón.—TAINE.

Las grandes ideas parten del corazón.—VAUVERGUS.

¹ Declara este sistema filosófico que lo absoluto es inaccesible al espíritu humano y profesa la más completa ignorancia en lo que se refiere á los principios de los fenómenos físicos y morales. Por lo mismo, ya Herbert Spencer reconocía que más allá del dominio de la ciencia existe el dominio necesario de la ignorancia: el de la metafísica y el de las religiones.

Acomodos de conciencia

Según son las preocupaciones sociales, una persona perezca no tener cultura cuando ejecuta actos, que sin ser malos, son contrarios á las costumbres dominantes; y por el contrario, cuando los respeta en sus menores detalles aun en lo ridículo, aun en lo inmoral, se le juzga culta y bien educada. En el primer caso se le cierran todas las puertas; en el segundo, encuentra franca la entrada de todos los salones, y el hombre que necesita

mantener relaciones con sus semejantes para vivir, para prosperar, para obtener honores, empieza á ceder desde temprano, hace sus acomodos de conciencia con las preocupaciones, prefiere el camino llano de la condescendencia al camino escabroso de la lucha, y se deja amasar dócilmente por las influencias educadoras que le rodean.

VALENTÍN LETELIER

Filosofía de la Educación. t Vol. D. 21.

Guía Bibliográfica ¹

Por las Librerías

Sociedad Librera de Costa Rica

(Calle del Correo, frente al Palacio):

GUILLERMO FERRERO: *Grandeza y Decadencia de Roma*. VI Vols. Ed. de la acreditada casa Jorro, de Madrid.

Toda la suscitación del pasado como un espectáculo, animado agitado, no relatado, sino reproducido y visto, en sus detalles y realidad plástica, es lo que ha hecho Ferrero en esta Historia que es un Drama y una Novela. — *Juan B. Terán*.

GASTÓN BOISSIER: *Pascos Arqueológicos*, 1 Vol.; y *El Fin del Paganismo*, 2 Vols. Ambos Ed. por la Casa Jorro, Madrid.

La primera, es una resurrección descriptiva de Roma y Pompeya. La segunda, relata las últimas luchas religiosas del siglo iv.

LEO DEUTSCH: *Diez y seis años en Siberia*, 2 Vols. Ed. de Sempere y Cía.

Conmovedores episodios y reminiscencias del célebre héroe ruso, escapado de muchas prisiones políticas.

ALFONSO DAUDET: *El Académico*, 1 Vol. (Novela satírica).

JOAQUÍN DICENTA: *Aurora*, 1 Vol. (Drama).

EMERSON: *Siete Ensayos*, 2 Vols. Ed. de la Casa Henrich, de Barcelona.

THOMAS CARLYLE: *Los Héroes*, 2 Vols., y *Sartor Resartus*, 2 Vols. Ambos Ed. por la Casa Henrich.

G. BOCACCIO: *Cuentos Escogidos*. Trad. de Aranda y San Juan. Ed. Seix, de Barcelona.

L. BÜCHNER: *La Vida Psíquica de las Bestias*, 1 Vol. Ed. de la Casa Sempere y Cía.

¹ En obsequio de nuestros abonados, podemos pedirles por su cuenta—esté en plaza ó no—cualquiera de las publicaciones que indicamos en esta sección.